

Yugoslavia, con más calma

El conflicto que sacude a Yugoslavia tiene una *protohistoria*, una *historia*, una *actualidad* y un *futuro*. Sin algún conocimiento de estas etapas, este conflicto resulta para muchos una lucha insensata, bastante inconcebible, aunque para los españoles de cierta edad, que asistieron a la guerra civil del 36, debería ser, de alguna manera, realistamente fácil de explicar que unos hermanos puedan matarse entre sí por principio.

Alfonso Echánove

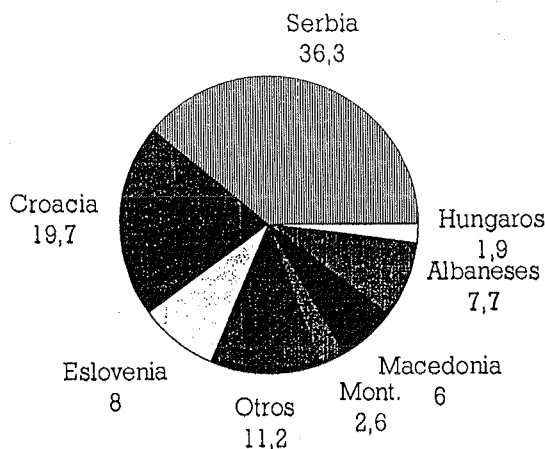
La protohistoria

EN este caso, la palabra hay que identificarla con factores que, ya sea de procedencia estrictamente histórica o geográfica, son condicionantes y previos a cualquier relación inmediata con la actualidad.

Lo que llamamos Yugoslavia ha sido siempre, como ahora, un enrejado de montañas, valles y cadenas extendidas a lo largo y ancho de una extensión como la mitad de España. Montañas separadoras, inductoras del particularismo e individualismo. Sólo el Cáucaso, con su cincuentena de etnias diversas podría superarla. En Yugoslavia radican siete grupos étnico-culturales básicos, con el inconveniente

de que no viven homogéneamente unidos, sino deliberadamente trasladados y hechos emigrar principalmente por los turcos —que utilizaban este sistema gráficamente llamado de «piel de pantera»— para dividir a sus potenciales o reales enemigos (1).

Yugoslavia Disgregación étnica



Pero las raíces de una diferenciación radical entre el Este y el Oeste de Yugoslavia, que son las partes más significativas del territorio que con otros hombres hoy se enfrentan, procede nada menos que de *la división del Imperio romano, de Oriente y Occidente, practicada por Teodosio*. Esta división no fue más que un intento —ya había habido otros (Diocleciano, Constantino)— de hacer gobernable un imperio que se diversificaba cada vez más. La trascendencia de este último procede

(1) En diversos porcentajes, forman parte de Yugoslavia, serbios, croatas, eslovenos, macedonios, montenegrinos, albaneses, turcos, húngaros, eslovacos, rumanos, búlgaros, rutenos, italianos, ucranianos, checos, gitanos (Roma). Se habla serbio (escritura cirílica), croata (latina), esloveno, macedonio, magiar, albanés, eslovaco... etc. Las religiones se reparten igualmente: un 41 por 100 de *ortodoxos*, 32 por 100 de *católicos*, 12 por 100 *musulmanes*, y también *protestantes*. (V. gráfico).

de que ya no hubo tiempo para corregir el error. El imperio de Occidente se hundió y nunca más se pudo rehacer la unidad. La división entre Este y Oeste quedaba definitivamente sancionada.

Lo más interesante es la línea divisoria de ambas partes y sus consecuencias, porque interpretan la esencia de la conflictividad actual. Sube de Sur a Norte tratando de ser recta y apoyarse en líneas fronterizas de carácter fluvial, partiendo de la costa albanesa, hasta empalmar con el Drina, y el tramo norte-sur del Danubio, a la altura de su encuentro con el Drave.

En el Imperio dividido por Teodosio, esta frontera significaba que *Pannonia* y *Dalmacia* (hoy aproximadamente Croacia), pasaban a la jurisdicción del emperador de Roma, y *Mesia* e *Illyria* (hoy aproximadamente Serbia-Albania) a la del bizantino. Estas dos sustanciales regiones balcánicas fueron polarizándose, a lo largo de siglos y de mucha historia, hacia (Roma-Sacro Imperio) y hacia (Bizancio), respectivamente. Si ya la geografía y la etnología no dictaran otras diferencias, la doble polarización radicalizó para siempre la diversidad en adscripción religiosa, en alfabeto y en tendencias culturales.

Es preciso incorporar esta prehistoria a la conflictiva actualidad si se quiere comprender la última razón del conflicto yugoslavo. Pero no es suficiente.

Historia de «Yugoslavia»

«YUGOSLAVIA» no es un concepto antiguo. Es una idea romántica que nace en la ola nacionalista de principios del siglo XIX, queriendo agrupar a todos los «eslavos del sur» o yugoslavos, en una sola unidad nacional. Venía a ser como una reacción a la política dispersiva del imperio turco, al tiempo que éste se venía abajo y al tiempo que intentaba sacudir el yugo del Imperio Austro-Húngaro que iba ocupando sensiblemente el espacio que la decadencia del otro iba dejando (2).

La idea parecía razonable, en principio, pero olvidaba otros elementos de gran fuerza. Porque el hecho incuestionable —ahora ya clarísimo— era que los dos principales conjuntos en los que se cimentaba la aspiración nacionalista —Serbia y Croacia-Eslovenia—, habían evolucionado de diversa forma a lo largo de una his-

(2) Dio cuerpo a esta idea, en la segunda mitad del XIX, el obispo Strossmayer, obispo de Diakovo, eminente fundador de la Academia de Artes y Ciencias croata y de la Universidad de Zagreb. Sus seguidores la desarrollaron en la forma, primero de un movimiento nacional-croata y posteriormente en el Partido Nacional de la Derecha, en oposición al predominio húngaro.

toria medieval, larga y plagada de avatares. Sería excesivo y no estrictamente necesario incluirlos aquí (3).

Serbia, primera voluntad nacional balcánica desde la Edad Media, autónoma desde 1817 después de haberse abierto paso a codazos en el declinante imperio turco, poderosa y agresiva respecto de los otros pueblos eslavos de la región, a los que intentaba aglutinar como «eslavos del sur» (Macedonia, Voivodina, Kosowo), independiente desde el Congreso de Berlín de 1878, se perfilaba a principios del siglo XX como el núcleo de poder más indiscutido de los Balcanes.

Croacia y Eslovenia, en cambio, todavía vinculadas al agonizante imperio Austro-Húngaro, habían mantenido, es cierto, sus rasgos de identidad nacional y de desarrollo económico emparentado con el del Norte de Italia o el de Hungría, pero llegaban a la Paz de París (1919), menos pertrechadas de voluntarismo político que su oponente serbio, que en la nueva Yugoslavia se iba a convertir en duro opresor.

La creación del Estado yugoslavo se realizó en el marco, plagado de superficiales arbitrariedades, de la destrucción del Imperio Austro-Húngaro, en la desastrosa Paz de París (1919). Los límites de la nueva Yugoslavia fueron determinados por el ensamblaje de apresuradas determinaciones fronterizas en los Tratados de St. Germain, Trianon y Neuilly.

El «Reino de los serbios, croatas y eslovenos», creado en 1918 sobre las ruinas del Imperio Austro-Húngaro, nació ya mal. En lugar de la federación de estos tres pueblos, en realidad fue la «Gran Serbia», en la que las minorías, macedonia, albanesa, no tenían ni los derechos mínimos. La idea «yugoslava» ya estaba desacreditada entre los «no serbios» aun antes de la II Guerra Mundial.

Serbia dio la cara de su imperialismo inmediatamente. En 1929, el rey Alejandro de Yugoslavia, queriendo acabar con los desórdenes y malestares que enfrentaban a serbios y croatas, proclamó la dictadura real —en realidad, dictadura de Serbia sobre los demás—, arbitrariedad que pagó con la vida en Marsella en 1934, a manos de un terrorista croata de la clandestina «Ustacha». Como consecuencia, las tensiones entre croatas y serbios subieron su tono de tal forma que es muy

(3) Baste decir —en referencia concreta a algunos acontecimientos actuales— que el núcleo entonces llamado Serbia luchó heroicamente pero sin éxito contra los invasores turcos, que la derrotaron en la batalla de Kosowo (1389), y que correlativamente, los albaneses —hoy mayoría en Kosowo— supieron aguantar cincuenta años más a los otomanos mediante la increíble gesta de su héroe nacional, Jorge Castrioti (Skanderbeg). Seis siglos no han sido suficientes para evitar que serbios y albaneses se enfrenten hoy precisamente por la posesión de Kosowo, esgrimiendo ambos razones históricas irrenunciables. He aquí uno de los elementos del rompecabezas.

El otro radica en la vinculación progresiva de Croacia al Imperio Romano Germánico, que a cambio de los beneficios culturales de Occidente la amarró a Austria-Hungría haciéndole desear, para su mal, sacudirse ese yugo. No sabía entonces que la alternativa yugoslava (serbia) iba a ser para ella peor y más humillante.

probable que lo que ahora está viviendo Yugoslavia se hubiera manifestado ya entonces a no ser por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que estableció un sangriento paréntesis en el proceso, agravándolo (4).

Por su parte, en Croacia ha habido siempre dos tendencias principales. Una, *la idea yugoslava de la unión de los «eslavos del sur»*, arranca del gran «movimiento ilírico» de 1830, que fue el despertar de la conciencia nacional. Esta fue la idea (v. Nota 2) que condujo a la fundación de Yugoslavia en 1918 y fue reafirmada en algunas partes del país en 1941 por los partisanos antinazis. La otra, ahora dominante, es la del *nacionalismo croata puro*. La «Gran Croacia» fue un sueño nacionalista que pretendía incorporar toda la Dalmacia, y la mayor parte de Bosnia-Herzegovina. Pero después de la proclamación de la dictadura real en 1929, el nacionalismo extremista croata se hizo clandestino y fundó la «Ustacha», movimiento de carácter fascista. La tendencia croata continuó una línea de descrédito al aceptar un estado croata de manos de Hitler y cometer muchas brutalidades. El recuerdo de cientos de miles de serbios y judíos asesinados durante la guerra creó un factor humano y político que todavía perdura.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la doble polarización que había marcado la historia entera de los Balcanes se reprodujo de forma singularmente dramática. Croacia y Eslovenia, por odio a Serbia, se acogieron al régimen fascista de Ante Pavelic, títere de Hitler, que permitió la ocupación del territorio por alemanes e italianos. Por su parte, el Gobierno serbio, en un desesperado intento de resistencia, se hundió ante las tropas del Tercer Reich.

A partir de ese momento, en un sistema de guerrillas, las atrocidades se multiplicaron. La «Ustacha» de Pavelic se ensañaba con las poblaciones serbias. Los «chetniks» o guerrilleros serbios, por su parte, masacraban a los poblados croatas, cuando les era posible. Las víctimas —a las que había que añadir en todo caso las directamente causadas por la Gestapo del terrible grupo de ejércitos «E»—, más que innumerables, dejaron una siembra de odio que todavía no se ha extinguido, y que los últimos acontecimientos no han hecho más que fomentar (5).

El largo reinado de Tito (1945-1980)

EN cierto modo, fue una suerte que, al acabar la guerra, Yugoslavia fuera gobernada por la mano de hierro del comunista

(4) El problema central del período de entreguerras era si los croatas debían ser suprimidos o reconciliados. Hubo un acuerdo en 1939 —«Sporazum»—, entre el líder croata Vlatko Macek y el primer ministro yugoslavo Cvetovic, demasiado tardío e insuficiente, que descontentó a los croatas y amargó a los serbios.

(5) Según fuentes alemanas actuales, Yugoslavia perdió durante la guerra 1.690.000 personas, de ellas, 1.280.000 civiles.

croata Josip Broz (Tito). Durante este período, y tras la ruptura de Tito con Stalin (1948), Yugoslavia inició un camino aparentemente prometedor, por la senda de un comunismo *a la carta*, que hacía gran fuerza en algo parecido a la autogestión. Políticamente, Tito supo zafarse de la tutela moscovita, y abanderar, junto con el indio Nehru, el movimiento de los «no alineados».

Estas circunstancias hacían que los yugoslavos se sintieran aristócratas del bloque socialista. Pero la heterogénea federación de *eslavos del sur* (seis naciones, cuatro religiones, una decena de idiomas), no podía sobrevivir mucho tiempo a la muerte del poderoso dictador en 1980. Ya se planteó entonces el problema cada vez más sombrío que amenazaba a la frágil estructura política, mal secundado además por el fracaso económico de lo que había podido ser un camino socialista de cierta originalidad.

La única posibilidad de supervivencia de la Yugoslavia de 1919 se fundaba en la estructura federalista. Así lo comprendió Tito. Pero, prisionero de la dinámica marxista-leninista, fundió los nacionalismos más o menos larvados de la *federación* yugoslava, con el *centralismo* férreo del partido comunista único. Esta contradicción, que hacía prevalecer al segundo sobre la primera sólo podía ser mantenida con la extraordinaria personalidad de Tito. Nadie sabía lo que tras su muerte podía acaecer. Así que, a partir de 1980, la historia de Yugoslavia emprendió nuevo rumbo.

Decadencia del Estado yugoslavo pos-titoísta

EN primer término, tanto por su propia dinámica como por factores relativos de la coyuntura mundial, los diez últimos años han puesto a la economía yugoslava contra la pared. Ya en 1980, Yugoslavia tenía una deuda nacional de 18.000 millones de dólares, una tasa de inflación cercana al 40 por 100 y una tasa de desempleo del 12 por 100 (6). Y es que, como tantos otros engañosos escaparates del fenómeno socialista, el famoso socialismo autogestionario de Yugoslavia tuvo muchísimo de apariencia. Subsistió solamente en tanto en cuanto a ello contribuyeron la pura necesidad de reconstrucción de la postguerra, la apertura del país hacia el exterior, las remesas de dinero fuerte enviadas por los obreros emigrados desde Europa central (sobre todo Alemania), el turismo extranjero en la costa dálmata, y una creciente ayuda económica de Occidente.

La necesidad subjetiva de los gobernantes comunistas de controlar cada vez

(6) En una población de 22,5 millones de habitantes.

más los resortes de poder condujo a nombrar gestores empresariales más basados en la lealtad política que en la competencia profesional. Y el resultado fue un estancamiento económico con más tendencia al retroceso absoluto que a cualquier solución positiva.

Por otra parte —y desde la constitución reformada del 74, que tendía a dar autonomía a la seis repúblicas y las dos provincias autónomas (Voivodina y Kosovo)— cada república se desentendió de los intereses generales de Yugoslavia y siguió los suyos propios. A mediados de 1985, el desempleo alcanzaba la cuota del 15 por 100, la inflación rondaba el 100 por 100, la tasa de crecimiento había bajado al 1 por 100, las huelgas aumentaban peligrosamente. Esta exasperante situación económica fue la que condujo al empleo del *nacionalismo* contra el *partido* como arma para salir del «impasse».

El primer luchador que saltó a este peligroso ruedo fue la Academia Serbia de Artes y Ciencias, que acusó al Partido Comunista de haber trabajado durante los últimos 45 años contra los intereses de Serbia (recuérdese que Tito era de origen croata). Parecida acusación hizo la minoría serbia de Kosowo a la política del partido en la provincia. Una cadena de huelgas, provocadas por la congelación de salarios, exacerbó aún más los ánimos. Y entonces apareció Slobodan Milosevic.

La obstinación de Milosevic

PRESIDENTE de Serbia a los 49 años, economista, líder carismático y demagogo, personalidad incuestionable, Slobodan Milosevic apareció ante los serbios como un «nuevo Tito». Su popularidad llegó al vértice en 1989, durante la celebración del 600 aniversario de la batalla de Kosovo que había marcado el final del estado medieval serbio a manos de los turcos.

Pero Milosevic es, además, según sus propias palabras, «comunista por convicción desde los 17 años». *Serbio y comunista*, dos conceptos que resumen el problema desde el que se está planteando el fraccionamiento de Yugoslavia. Las tensiones que han dado como resultado hasta el momento la sangrienta disociación de Eslovenia y de Croacia, ya reconocidas por la CE como estados independientes, más Macedonia y Bosnia-Herzegovina que ya han optado en referéndum por su emancipación, han debilitado esencialmente a Serbia, el componente más orgulloso de la federación yugoslava, hasta el punto de no retorno. La culpa es, en parte, de Milosevic y, subsidiariamente, del ejército estructurado con mayoría abusivamente serbia, que habiendo debido ser auténticamente federal y al servicio

instrumental de la autoridad política, se ha convertido en bastión comunista, perdiendo toda neutralidad y credibilidad en este momento de grave crisis (7).

Guiado por ese doble espíritu, serbio y comunista, que ha resultado ser tan autodestructivo, Milosevic y el ejército han ido tropezándose con mucha más resistencia de la que esperaban. El resultado, ya conocido, ha confirmado los peores pronósticos.

Slobodan Milosevic fue el único líder europeo que alabó a los golpistas rusos. Los generales yugoslavos, la mayoría serbios y aliados del partido de Milosevic, alabaron la represión lituana de Gorbachov en enero del 91. La junta soviética golpista, de haber sobrevivido, podía haber sido un poderoso aliado en la campaña de los generales yugoslavos para aplastar a Croacia, y podría haberles envalentonado para marchar contra Eslovenia, que en junio les eludió. Un conflicto mayor en la URSS hubiera distraído al mundo de su invasión en Croacia.

Conducta del ejército

LA dirección militar, estimulada por la mentalidad mostrada por los gobiernos europeos, estaba decidida a mantener la unidad. Este cálculo era correcto en el cálculo de las consecuencias que tendría la desmembración de Yugoslavia, *no sólo para Europa en general, sino como factor de inestabilidad y peligroso precedente para problemas similares en Checoslovaquia, la URSS e incluso algunos estados de Europa*. Por otra parte, el general Adzic, jefe del Estado Mayor, juzgaba a fines de 1990 que en caso de la utilización de mano dura contra los separatistas, los estados europeos tendrían durante algún tiempo «dolor de tripas», pero después aceptarían los hechos consumados.

Este cálculo de los generales no acertó por dos razones. En primer lugar se equivocaron en la evaluación de la resistencia de Eslovenia, mucho más fuerte, de hecho, de la que habían esperado. En segundo lugar, erraron al pensar que los países occidentales ignorarían la acción militar contra Eslovenia o reaccionarían sólo retóricamente.

(7) Los militares serbios, en su mayoría son comunistas indoctrinados (casi el 95 por 100 de los oficiales pertenecían al PC yugoslavo hasta que fue disuelto en enero del 90). Hay un nuevo movimiento para el comunismo en Yugoslavia, fundado por generales y almirantes en diciembre del 90, al que pertenecen también oficiales retirados. No es difícil deducir que esta oficialidad defiende una Yugoslavia sensiblemente identificada con Serbia y, además, socialista. En definitiva, se defienden a sí mismos en una situación de privilegio. Y como ejemplar máximo de este estamento, se puede considerar al jefe del Estado Mayor, general Adzic, cuya familia fue asesinada por la Ustacha durante la II Guerra Mundial. Fuertemente anticroata, comparte la ideología y sentimientos de Slobodan Milosevic.

Consecuencias de la destrucción de Yugoslavia

No por ser una muerte anunciada, la desaparición del Estado Federal yugoslavo deja de ofrecer a la consideración mundial un muestrario de graves problemas sin resolver.

En primer lugar, esta *exaltación pendular del nacionalismo fraccional* desencadena un proceso susceptible del progresivo desmenuzamiento, y más en los Balcanes. De forma que cualquier solución que hoy se pudiera hallar para la estabilidad de la zona podría fácilmente producir nuevos conflictos en tiempos próximos. Pero igualmente hay que inventariar la posibilidad de que *el realismo económico* vaya imponiendo sus leyes y la federación yugoslava se pueda convertir en una confederación de iguales.

En segundo lugar, las mismas grandes (relativamente grandes) unidades que han soltado sus amarras de Serbia, y Serbia misma en la situación disminuida y ocluida en que ha quedado tras los acontecimientos, *tienen una viabilidad cuestionable*. ¿Podrán resistir el tránsito a la economía simple de mercado? ¿Están en condiciones de mantener un ritmo de productividad y resolución o visto desde otro ángulo más técnico, de «input-output», que les permita llevar una vida no demasiado sometida a las crisis coyunturales? ¿Serán capaces, incluso aunque reciban sustanciales ayudas de la CE o del FMI, de alternar en la escena internacional como estados completos?

Tercero. A esta situación se ha llegado mediante elecciones libres y democráticas en Eslovenia, Croacia, Macedonia y Bosnia-Herzegovina. La importancia de estos *referendums* tan largo tiempo impedidos es incuestionable. Pero lo único que ponen al descubierto es el deseo profundo y mayoritario de los pueblos citados y, también —quizá con el mismo peso—, sus ancestrales odios. No han aportado ni un gramo de soluciones positivas. Por lo que éstas, aparte de su dificultad técnica, mantienen íntegra su referencia a lo más profundo que en los hombres hay, o dicho con más claras palabras: *si existe para los pueblos balcánicos de la antigua Yugoslavia alguna solución, tiene que salir de ellos mismos*. Cualquier solución proyectista venida del exterior correría el peligro de causar tan graves males como los producidos por el arbitramento de la Paz de París.

Reflexiones finales sobre el conflicto yugoslavo

1. A la excitación y la euforia de estos excepcionales años que hemos vivido, se está superponiendo la impresión creciente —y

crecientemente desagradable— de que en los tiempos de la confrontación de bloques, la paz estaba más segura que hoy día, cuando parece como si los demonios que rigen los conflictos hubieran quedado salvajemente sueltos. Esta sensación es madre de alarmas, que, aunque tengan una base objetiva, son generalmente desorbitadas.

Es verdad que conflictos locales como el de Yugoslavia son el fruto inmediato de la descomposición del mundo comunista. Pero no son más que la manifestación eruptiva de otros problemas de mucho mayor calado que denotan el cambio radical de la correlación de fuerzas y la enorme problemática mundial (Norte-Sur, Este subdesarrollado) que la máscara del comunismo, al desvanecerse, ha dejado al descubierto, es decir, *el problema del siglo XXI*.

2. Sin embargo, la alarma que suscitaron los enfrentamientos serbo-croatas por la posesión de Bukovar, Dubrovnik y Osijek, pudo ser finalmente paliada por el agotamiento que experimentaron los contendientes, particularmente serbios, *al no ser atizado el fuego desde el exterior*, cosa que a buen seguro hubiera ocurrido durante la guerra fría. Tras innumerables «alto-el-fuego», promovidos por la CE y conducidos hábil y tenazmente por lord Carrington, parece haberse estabilizado una precaria tranquilidad (8).

Como conclusión de conjunto puede decirse que esta guerra civil ha resultado ser meramente una trágica caricatura, pero caricatura al fin, del conflicto originado precisamente en Sarajevo, del que se derivó, mediante contagios y rivalidades de gran envergadura, la I Guerra Mundial del 1914. No hace todavía muchos años, cualquier conflicto suscitaba en todo el Occidente los temores de una tercera guerra. El conflicto de Yugoslavia, geográficamente tan cercano, demuestra que la capacidad de bloquear esta difusión de la violencia es hoy día mucho mayor que antaño. Es una enseñanza que deben aprender los profetas negros.

3. No se han analizado suficientemente —y empálmese esta reflexión con la anterior—, las funciones respectivas que han desarrollado frente al conflicto yugoslavo *Europa* y los *Estados Unidos*.

La CE, generalmente considerada como tímida e irresoluta, además de dividi-

(8) Lord Carrington, comisionado por la CE, ha sido el mediador que se ha movido con mayor eficacia y constancia para tratar de controlar la situación. Posteriormente, intervino el ex secretario de Estado americano *Cyrus Vance* como representante de las Naciones Unidas. Y finalmente, ha habido también una tímida presencia de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas a través de una delegación conducida por el suizo *Thomas Fleiner-Gerster* (12-XII-91), con la misión de informarse sobre el terreno acerca de las violaciones de los derechos humanos y de las minorías.

da, ha conseguido pese a todo, hacerse con la situación (9). *Serbia* era un claro agresor y no ha logrado mantener sometidos a los pueblos de ascendencia europeo-occidental. Si *Croacia y Eslovenia* no han podido salir de ese yugo y reintegrarse a su procedencia europea, lo deben a la Comunidad, es cierto que estimulada por Alemania. Queda por ver, como ya indicábamos arriba, el futuro de las nuevas unidades nacionales y el compromiso de la comunidad europea con estas nuevas fracciones nacionales de la increíble Europa actual.

Esta postura europea —haya sido o no vacilante, y creemos que es muy explicable que lo haya sido— va acompañada por otros dos fenómenos: la *inhibición americana*, muy llamativa tras la victoria del Golfo, tan sólo meses antes, y la *impotencia* demostrada por la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas, que obligaba a los firmantes —Yugoslavia entre ellos— a no utilizar la violencia para dirimir sus contiendas, actitud que fue refrendada en París hace tan sólo un año.

La *actitud americana* muestra que los Estados Unidos, después del alarde del Golfo, reconsideran su función como gendarme del mundo. Si Yugoslavia pertenece a Europa, que sea Europa, ahora que puede y nadie la amenaza, quien se encare con sus responsabilidades (10).

La C.S.C.E., por su parte, enseña su desnudez. No basta con proclamar unos principios si el compromiso no es aceptado de forma estrictamente vinculante por los miembros. Es cierto que desde la última reunión de París se han sucedido tales cambios en el cambiante Este y, más en concreto, en la Unión Soviética, que la consolidación de la gran Casa Europea es todavía punto menos que imposible. Esto no es negativo. El camino está marcado, y podrá ser afianzado a medida que las aguas se vayan serenando.

(9) Pero las diferentes posturas tienen explicaciones muy diversas y no todas airoas. Generalmente ha prevalecido la tendencia a las medidas mínimas (sanciones económicas, amenaza de reconocimiento de las repúblicas separadas de hecho...) más que a las radicales. Pero es porque estas últimas son muy comprometedoras. De las cataplasmas se esperaban pocos frutos inmediatos, pero al menos servían para enmascarar el reproche de inacción. Alemania no lo juzgó así y desde un primer momento anunció su intención de reconocer a Eslovenia y Croacia. La opinión alemana ensalza esta postura radical bajo el pretexto de que «no se corresponde con la mentalidad alemana el contentarse con medias tintas», y que lo que haya de hacerse, es mejor hacerlo en seguida. (V. Wolfgang Wagner, *Acht Lehren aus dem Fall Jugoslawien*, Europa Archiv, 1992, 2, p. 37). Pero detrás de esta postura tan decidida, que ha acabado por arrastrar al resto de la Comunidad Europea, se empieza a adivinar la conciencia clara que Alemania ha adquirido en poquísimo tiempo acerca de su creciente potencia política europea. ¡Achtung...!

(10) El 6 de noviembre del pasado 1991, el presidente de Croacia, *Franjo Tudjman* pidió a los Estados Unidos que intervinieran militarmente para contrarrestar los ataques serbios a Dubrovnik. Puede que éste haya sido el último reflejo de considerar a los EE.UU. como solucionadores de todos los males.

4. Pero la preocupación, generalmente sentida al hilo del conflicto yugoslavo, se ha expresado con la dubitación de un coro griego que toma postura ante el acontecer de la escena. ¿Qué es lo que habría que haber hecho, *intervenir, no intervenir...*?

La cuestión es muy grave, pero bien diferente del principio de la «soberanía limitada», que sirvió a Breznev para invadir Checoslovaquia. Lo que se pone ahora en juego es la protección de los derechos humanos de minorías oprimidas, y este principio también fue subrayado en la firma de los acuerdos de la C.S.C.E., en Helsinki, 1975 y sobre todo en la *Carta de París para una nueva Europa*, del 21 de noviembre de 1991. No hubiera sido ya una gran potencia la que arbitrariamente hubiera intervenido de haberlo hecho al margen de la acción diplomática. Hubiera sido el conjunto de los 35 pueblos, para demostrar que, efectivamente, la soberanía de un gobierno termina allí donde empiezan los derechos personales imprescriptibles, empezando por el derecho a la vida.

Durante toda la transformación europea iniciada en 1989 no se había presentado esta posibilidad con tanta claridad como frente al conflicto yugoslavo, que, además, sigue sin estar resuelto. Las Naciones Unidas han recogido como peligrosa misión propia actuar en la separación de los contendientes, pero un conflicto de tan intrínsecas dificultades no se encauza de la noche a la mañana. La comunidad internacional y, por supuesto, la europea tendrán que plantearse con previsión su actitud de cuidadoso intervencionismo en éste como en otros presumibles conflictos que eventualmente aparezcan como secuelas de la disolución del bloque socialista.